

El amor y la moral sexual
Alejandra Kollontai
1918

(Primera edición en castellano en la Biblioteca de Estudios, Valencia, y en la Editorial Hoy, Madrid, 1931, con traducción de María Teresa Andrade, que seguimos aquí. Primera edición en ruso en 1918)

En los años de 1910 a 1911, período durante el cual disminuyó en Rusia el interés por los problemas sexuales, apareció en Alemania el estudio psicosociológico de Grete Meisel-Hess¹ sobre la “crisis sexual”, libro que no fue un éxito de público. La novela de Karin Michaelis, *La edad peligrosa*, publicada poco después, libro que carece de gran valor artístico y cuya audacia no va más allá de límites permitidos por las conveniencias de “buen tono” literario, relegó a segundo término, con su éxito no merecido, la obra de Meisel-Hess. Fue calificado por la crítica como “un libro bien escrito, pero sin ningún valor científico”. Únicamente entre las altas esferas intelectuales, entre la “crema” de la sociedad alemana, fue saludado este libro con entusiastas aplausos por parte de unos y muestras de desagrado e indignación de los otros, suerte común a todo investigador sincero de la verdad.

El hecho de que el libro de Meisel-Hess carezca de una serie de cualidades científicas; el hecho de que se le pueda reprochar la falta de método y examen; el que no siga un procedimiento sistemático; el que su pensamiento sea en algunos momentos inseguro y sinuoso, y que repita cosas ya expuestas, no puede disminuir en modo alguno el valor de este trabajo.

Un hálito de frescura se desprende del libro; la investigación de la verdad llena las páginas vivas y apasionadas de esta exposición, en la cual se refleja una vibrante alma de mujer, que conoce profundamente la vida. Los pensamientos de Meisel-Hess no son nuevos, flotan en el ambiente, llenan y saturan toda nuestra atmósfera moral.

Los problemas que Meisel-Hess examina nos son conocidos. Todos hemos meditado sobre ellos, los hemos vivido en todo su dolor. No hay ninguna persona que después de reflexionar sobre estos problemas no haya llegado por un camino o por otro a las conclusiones grabadas en las páginas del libro *La crisis sexual*. Pero, fieles a la hipocresía que nos domina, continuamos adorando públicamente al viejo ídolo: la moral burguesa. El mérito de Meisel-Hess es semejante al del niño del cuento de Andersen. Meisel-Hess se ha atrevido a gritar a la sociedad que “el rey no tiene camisa”, es decir, que la *moral sexual* contemporánea no es más que una *vana ficción*.

En efecto, las normas morales que regulan la vida sexual del hombre no pueden tener más que dos finalidades, dos objetivos. Primero, asegurar a la humanidad una descendencia sana, normalmente desarrollada; contribuir a la selección natural en interés de la raza. Segundo, contribuir al desenvolvimiento de la psicología humana, a enriquecerla con sentimientos de solidaridad, de compañerismo, de colectividad. La moral sexual actual, como moral que sirve únicamente a los intereses de la propiedad, no llena ninguna de estas dos finalidades. Todo el código complicado de la moral sexual contemporánea, con el matrimonio monógamo indisoluble, que rara vez está basado en el

¹ Grete Meisel-Hess, *La crisis sexual*, Jena Diederichs.

amor, y la institución de la prostitución, tan extendida y organizada, no sólo no contribuye al saneamiento de la raza, sino que produce efectos contradictorios, es decir, favorece “la selección natural en sentido inverso”. La moral contemporánea no hace más que conducir a la humanidad por el camino de la degeneración ininterrumpida.

Los matrimonios tardíos, la esterilidad forzada en el período más favorable para la concepción, el recurso de la prostitución completamente “inútil” desde el punto de vista del interés de la raza, la ausencia de un factor tan importante como el “éxtasis amoroso” en los matrimonios de conveniencia, en el matrimonio legal indisoluble; el que los ejemplares “más hermosos” femeninos, los más capacitados para provocar las emociones eróticas de los hombres queden reducidos a la esterilidad de la prostitución; la condena a muerte que pesa sobre los “hijos del amor”, productos ilegales de la raza, frecuentemente los más valiosos por ser los más sanos y vigorosos, todos éstos son los resultados directos de la moral corriente, resultados que conducen irremediablemente a la fealdad, decadencia y degeneración física y moral de la raza humana.

El intento de Meisel-Hess de armonizar la moral sexual y el objetivo de “la higiene de la raza”, merece una gran atención, y debe interesar principalmente a los partidarios de la concepción materialista de la historia. La defensa de la joven generación trabajadora, la protección de la maternidad y de la infancia, la lucha contra la prostitución y otras reivindicaciones de los programas socialistas persiguen en esencia “la higiene de la raza” en su más amplia acepción. Arrancar a la moral sexual la aureola del inviolable “imperativo categórico”, armonizar la moral sexual con las necesidades vitales y prácticas y con las exigencias de la vanguardia de la humanidad, es la tarea que debe figurar en el orden del día, y que reclama de una manera imperiosa la atención reflexiva y consciente de todos los programas socialistas.

Por muy valiosos que sean los pensamientos de Meisel-Hess sobre esta cuestión, rebasaríamos indudablemente los límites de este breve ensayo si nos dedicásemos a analizar de una manera detenida esta parte del libro. Por tanto, nos limitaremos a examinar aquí la segunda parte del problema sexual. Únicamente estudiaremos las respuestas, no menos valiosas e interesantes, de Meisel-Hess a la segunda pregunta: Las formas actuales de la moral sexual, ¿cumplen con los fines de esta segunda cuestión? Es decir, ¿contribuyen a desarrollar en el hombre sentimientos de solidaridad y compañerismo, y, por tanto, al enriquecimiento de la psicología humana?

Después de someter a un análisis sistemático las tres formas fundamentales de la unión entre los sexos, el matrimonio legal, la unión libre y la prostitución, Meisel-Hess llega a la deducción pesimista, pero inevitable, de que en el mundo capitalista todas estas formas, tanto las unas como las otras, marcan y deforman el alma humana y hacen perder toda esperanza de conseguir una felicidad sólida y durable, en una comunidad de almas profundamente humana: en el estado invariable y estacionario de la psicología contemporánea no hay solución posible para la crisis sexual.

La puerta prohibida sólo puede abrirla una transformación fundamental de la psicología humana; sólo un enriquecimiento de nuestra psicología en “potencial de amor” puede transformar las relaciones entre los sexos y convertirlas en relaciones impregnadas de verdadero amor, dotadas de una afinidad real, en uniones sexuales que nos hagan felices. Pero una transformación de este género exige de una manera inevitable la transformación fundamental de las relaciones económico-sociales; es decir, exige el establecimiento de un régimen comunista.

¿Cuáles son los efectos fundamentales, los lados sombríos del matrimonio legal? El matrimonio legal está basado en dos principios igualmente falsos: la indisolubilidad, por un lado, y el concepto de propiedad, de la posesión absoluta de uno de los cónyuges por el otro.

La indisolubilidad del matrimonio legal está basada en una concepción contraria a toda ciencia psicológica; en la invariabilidad de la psicología humana en el transcurso de una larga vida. La moral contemporánea obliga al hombre a encontrar su “felicidad” a cualquier precio, y, al mismo tiempo, le exige descubra esa “felicidad” de primera intención, sin equivocarse nunca. La moral contemporánea no admite que el hombre pueda equivocarse en su elección entre millares de seres que le rodean. Necesariamente tiene el hombre que encontrar el alma en armonía con la suya, ese segundo “yo” único, que le hará feliz en el matrimonio. Cuando un ser humano se equivoca en la elección, principalmente si el ser que vacila y se pierde en la busca del ideal es una mujer, la sociedad, tan exigente y tan deformada por la moral contemporánea, no acude en socorro de sus miembros necesitados. Poco le importa a nuestra sociedad que el alma y el corazón de una mujer que se equivoca queden destrozados en las punzantes espinas de las decepciones; no acudirá en su ayuda, pero, en cambio, la perseguirá con furia vengadora, e inexorablemente la condenará.

La delicada flor de nuestra moral sexual es una “felicidad” adquirida a costa de nuestra esclavitud a la sociedad. Una separación leal en una unión amorosa es considerada por nuestra sociedad actual, interesada únicamente por la idea de la propiedad, y que no considera nunca los intereses de la “especie”, ni siquiera los de la felicidad individual, como la ofensa más grande que se le puede infligir. Y, sin embargo, nada más cierto, observa con gran tristeza Meisel-Hess, que el parecido entre el matrimonio y un piso habitable: sus malas condiciones sólo se descubren después de haber vivido algún tiempo en él. “Si nos vemos obligados a mudarnos con frecuencia de pisos faltos de comodidades y poco apropiados a nuestras necesidades, nos sentimos como perseguidos por una ‘mala estrella’; pero indiscutiblemente la situación es mucho más terrible si la sociedad nos obliga a vivir todo el resto de nuestra existencia en malas condiciones.” “El cambio de uniones amorosas en el curso de la vida humana [continúa Meisel-Hess], y durante el proceso de evolución de una individualidad, es un hecho que tendrá que ser reconocido por la sociedad futura cómo algo normal e inevitable.”

“La indisolubilidad del matrimonio legal es todavía más absurda si se tiene en cuenta que la mayoría de los matrimonios se hacen ‘a ciegas’, es decir, que las dos partes contrayentes sólo tienen el uno del otro una idea confusa. No es sólo que uno de los esposos desconozca en absoluto la naturaleza psicológica del otro, sino algo todavía mucho más grave. Los esposos ignoran al contraer matrimonio legal que va a ser un lazo indisoluble, si existe entre ellos una afinidad física, esa consonancia sin la cual no es posible la felicidad.” “Las ‘noches de prueba’, practicadas con tanta frecuencia durante la Edad Media [dice Meisel-Hess] no son en modo alguno una absurda indecencia. Practicadas en otras condiciones y teniendo como finalidad el interés de la raza y consideradas como medio de asegurar la felicidad individual, podrían incluso conquistar derecho de ciudadanía.”

El segundo factor que envenena el matrimonio legal es la idea de *propiedad*, de “posesión absoluta” de uno de los cónyuges sobre el otro. No puede darse en la realidad un contrasentido más grande; dos seres cuyas almas sólo tienen raros puntos de contacto, tienen “necesariamente” que adaptarse el uno al otro, en todos los diversos aspectos de su múltiple “yo”. El absolutismo de la posesión lleva irremediablemente la presencia continua de estos dos seres, comunidad que es tan molesta para el uno como para el otro. La idea de la posesión no deja libre el “yo”, no hay momento de soledad para la propia voluntad, y, si a esto se añade la coacción ejercida por la dependencia económica, ya no queda ni siquiera “un pequeño rincón” propio. La presencia continua, las “exigencias” inevitables que se tienen con el “objeto poseído” son la causa de que un amor ardiente se transforme en indiferencia, esa terrible indiferencia que lleva dentro de sí razonamientos

insoportables y mezquinos. En efecto: tenemos necesariamente que estar de acuerdo con Meisel-Hess cuando dice que una vida en común demasiado estrecha es la causa principal que marchita la delicada flor primaveral del entusiasmo amoroso más puro. ¡Cuántas “precauciones” tiene que tener un alma con la otra; qué inmensas reservas de calor afectuoso son necesarias para poder recoger, ya en el otoño, los frutos sabrosos de una profunda adhesión indisoluble entre dos almas!

Pero hay todavía más. Los ‘factores de indisolubilidad y propiedad, fundamentos del matrimonio legal, ejercen un efecto nocivo sobre el alma humana. Estos dos factores exigen pocos esfuerzos psíquicos para conservar el amor de su compañero de vida, puesto que está ligado indisolublemente a él por cadenas exteriores. La forma actual del matrimonio legal no hace, por tanto, más que empobrecer el alma, y no contribuye en modo alguno a la acumulación en la humanidad de reservas de “ese gran amor” que fue la profunda nostalgia de toda la vida del genio ruso Tolstoi.

Todavía se deforma más la psicología humana con otro aspecto de la unión sexual: la *prostitución*.

“¿Puede darse algo más monstruoso que el acto amoroso degradado hasta el punto de hacer de él una profesión?”

Dejemos a un lado todas las miserias sociales que van unidas a la prostitución, los sufrimientos físicos, las enfermedades, las deformidades y la degradación de la raza, y detengámonos solamente ante la cuestión de la influencia que la prostitución ejerce sobre la psicología humana. No hay nada que seque tanto las almas como la venta forzada y la compra de caricias de un ser con el que no hay nada en común. La prostitución extingue el amor en los corazones.

La prostitución deforma las ideas normales de los hombres, empobrece y envenena el alma; la prostitución roba algo que es lo más valioso de los seres humanos: la capacidad para sentir apasionadamente el amor, esa pasión que enriquece la personalidad por la aportación de los sentimientos vividos. La prostitución deforma todas aquellas nociones que nos conducen a considerar el acto sexual como uno de los factores esenciales de la vida humana, como acorde final de múltiples sensaciones físicas, y nos empuja a estimarlo, en cambio, como un acto vergonzoso, bajo y groseramente bestial. La vida psicológica de las sensaciones en la compra de caricias tiene repercusiones que pueden producir consecuencias muy graves en la psicología masculina. El hombre acostumbrado a la prostitución, relación sexual en la que están ausentes los factores psíquicos, capaces de ennoblecer el verdadero “éxtasis erótico”, adquiere el hábito de aproximarse a la mujer con deseos reducidos, con una psicología simplista y desprovista de tonalidades. Acostumbrado a las caricias sumisas y forzadas, no intenta siquiera comprender la múltiple actividad a que se entrega el alma de la mujer amada durante el acto sexual. Este tipo de hombre no puede “percibir” los sentimientos que despierta en el alma de la mujer; es incapaz de captarse sus múltiples matices. Muchos dramas femeninos no tienen otra causa que esta psicología simplista con que el hombre se aproxima a la mujer, y que ha sido engendrada en las casas de lenocinio. La prostitución extiende de un modo inevitable sus alas sombrías sobre la cabeza de la mujer “libremente amada” lo mismo que sobre la esposa ingenuamente amorosa y sobre la amante intuitivamente exigente. La prostitución envenena implacablemente la felicidad del amor de las mujeres que buscan en el acto sexual la compenetración final de una pasión correspondida, armoniosa y omnipotente².

² Conviene señalar que las consideraciones expuestas por Meisel-Hess, acerca de la deformación de la psicología masculina, nos facilitan la clave de otro fenómeno que hasta ahora había permanecido oculto. La poca costumbre que los hombres tienen de tomar en consideración la psicología femenina, la incapacidad para comprender sus sentimientos, no solamente le conducen a no prestar la menor atención al alma de la

La mujer normal busca en el acto sexual la plenitud y la armonía. El hombre, por el contrario, formado como está en la prostitución, que extermina la múltiple vibración de las sensaciones de amor, no se entrega más que a un pálido y uniforme deseo físico que deja en ambas partes una sensación de falta de satisfacción y de hambre psíquica. La incomprensión mutua crece; cuanto más desarrollada está la individualidad de la mujer, más múltiples son sus exigencias psicológicas, lo que trae como resultado una crisis sexual más aguda. Por tanto, la prostitución es peligrosa, porque su influencia se extiende aún mucho más allá de su propio dominio.

Meisel-Hess dice:

“Aun dejando a un lado la cuestión de la degeneración fisiológica de la humanidad, las enfermedades venéreas, el empobrecimiento físico de la raza, hay que tener en cuenta todavía otro factor psicológico que oscurece los impulsos morales, mancha y deforma la conciencia erótica y hace que el hombre y la mujer se comprendan cada vez menos y no sepan gozar mutuamente sin engañarse el uno al otro.”

La tercera forma de las relaciones sexuales, la unión libre, lleva dentro de sí también muchos aspectos igualmente sombríos. Las imperfecciones de esta forma sexual son más bien de un carácter reflejo; el hombre de nuestra época va a la unión libre con una psicología ya deformada por una moral falsa y malsana, fruto del matrimonio legal, por una parte, y del lúgubre abismo de la prostitución, por otra. El amor libre choca con dos obstáculos inevitables: “la incapacidad para sentir el amor verdadero”, esencia de nuestro mundo individualista, y la falta del tiempo indispensable para entregarse a los verdaderos placeres morales. El hombre actual no tiene tiempo “para amar”. Nuestra sociedad, fundada sobre un principio de concurrencia, la lucha cada vez más dura por la existencia, la persecución implacable para la conquista de un pedazo de pan, de un sueldo o de una carrera, no deja lugar para el culto del exigente y delicado Eros. La pobre Aspasia esperará inútilmente en nuestros tiempos, sobre su lecho cubierto de rosas, al “compañero” de sus placeres de amor. Aspasia no puede compartir su lecho con un hombre grosero, de nivel moral indigno de ella; pero el hombre “moralmente noble” carece de tiempo para pasar las noches a su lado.

Meisel-Hess hace notar con mucha razón un hecho que se da con extraordinaria frecuencia: el hombre de nuestro tiempo considera el amor-pasión como “la más grande de las desgracias” que le pueden suceder. El amor-pasión es un obstáculo para la realización de los objetivos esenciales de su vida: la conquista de la posición, de un capital, de una colocación segura, de la gloria, etc. El hombre tiene miedo a los lazos de un amor fuerte y sincero que le “apartaría” posiblemente del principal objetivo de su vida. La unión libre, en el complicado ambiente que nos rodea, exige a su vez una pérdida de tiempo y de fuerzas morales infinitamente más grande que un matrimonio legal, o que las fugitivas caricias compradas.

Solamente las citas devoran unas horas preciosas para “los negocios”. Al mismo tiempo, miles de demonios amenazan a la pareja unida únicamente por los lazos del amor. Basta que por una casualidad se origine un desacuerdo momentáneo, para que inmediatamente se produzca la ruptura. El amor libre en las condiciones actuales de nuestra sociedad termina siempre en una separación o un matrimonio legal.

mujer, sino que van mucho más allá todavía: conducen a los hombres a ignorar en absoluto, con la más sorprendente de las ignorancias, las sensaciones fisiológicas de la mujer durante el acto más íntimo de sus relaciones mutuas. Los médicos son los únicos que conocen perfectamente, por ser causa frecuente de enfermedades nerviosas, la falta de satisfacción que algunas mujeres encuentran en el acto sexual. Es sorprendente que la literatura, impregnada en absoluto por la psicología masculina, haya dejado pasar en silencio este hecho que explica toda una serie de dramas de familia y de amor. Cuando Maupassant se atreve a tocar esta cuestión en la novela *Una vida*, su “revelación” provoca una ingenua sorpresa en la mayoría de los hombres.

Según Meisel-Hess, “no ha nacido todavía” el hombre fuerte y consciente que sea capaz de considerar el amor como parte integrante en la totalidad de sus objetivos vitales. Por esta razón, el hombre de nuestra época, absorbido por serios trabajos, prefiere abrir la bolsa y mantener una querida o cumplir con una mujer, dándole su “nombre”, tomando bajo su responsabilidad la carga de una familia legal. Todo antes que perder un tiempo “tan valioso” y que dilapidar sus energías en horas entregadas a placeres de amor...

La mujer, lo mismo que el hombre, particularmente las mujeres que viven de un trabajo independiente (este tipo de mujer constituye del cuarenta al cincuenta por ciento en todos los países cultos), tienen que enfrentarse con el mismo dilema que el hombre; se ven obligadas a elegir entre el amor o su profesión. La situación de la mujer que trabaja se complica todavía más con el factor de la maternidad. Basta detenerse un momento en la biografía de las mujeres que se han distinguido en la vida, para convencerse del conflicto inevitable entre el amor y la maternidad, por un lado, y la profesión y la vocación, por otro. Quizá la causa de que las exigencias de la mujer “célibe” independiente con respecto al hombre sean cada vez mayores estriben precisamente en que este tipo de mujer deposita en la balanza de la felicidad del amor libre, además de su alma, su trabajo querido, una profesión conquistada. Debido a esto, esta mujer exige, en cambio, como la mayor compensación a todo lo entregado, “el más rico don”: el alma del hombre amado.

La unión libre sufre las consecuencias de la ausencia de un factor moral, de la falta de conciencia de “un deber interior”. En el estado actual de las relaciones sociales no hay motivo para creer que esta forma de unión sexual será lo bastante potente para ayudar a salir a la humanidad del callejón en que se encuentra la crisis sexual, solución que esperan, sin embargo, los partidarios del amor libre. La solución a este complicado problema sólo es posible mediante una reeducación fundamental de nuestra psicología, reeducación que, a su vez, sólo es posible por una transformación de todas las bases sociales que condicionan el contenido moral de la humanidad. Las medidas y reformas pertenecientes al dominio de la política social, que indica como remedios Meisel-Hess, no contienen en el fondo nada esencialmente nuevo. Corresponden por completo a las reivindicaciones del programa socialista: independencia económica de la mujer, verdadera protección y seguro a la maternidad y la infancia, lucha contra la prostitución en su base económica, supresión de la noción de hijos legítimos e ilegítimos, sustitución del matrimonio religioso por el matrimonio civil, fácilmente anulable, reconstrucción fundamental de la sociedad según los principios comunistas. El mérito de Meisel-Hess no descansa, pues, en las reivindicaciones político-sociales, que juzga necesarias, y que son análogas a las de los programas socialistas. Lo verdaderamente esencial de su detenida investigación en busca de la verdad sexual es que haya caído inconscientemente, sin ser socialista militante, en el único camino de una solución posible del problema sexual. Pero todas las reformas sociales, condiciones indispensables para las nuevas relaciones entre los sexos, serán insuficientes para resolver la crisis sexual si al mismo tiempo no se forma una fuerza creadora poderosa, capaz de aumentar el “potencial de amor” de la humanidad.

La agudeza intelectual de Meisel-Hess es la que hace que por un medio completamente intuitivo llegue esta escritora a la misma conclusión. Meisel-Hess ha comprendido que toda la atención de la sociedad en lo referente a la educación y formación del alma, en el dominio de las relaciones sexuales, debe modificarse en esta forma.

La unión de los sexos tal y como la entiende Meisel-Hess, es decir, la unión fundada en una profunda compenetración, en una armoniosa consonancia de los cuerpos y de las almas, seguirá siendo por mucho tiempo el ideal de la humanidad futura. Porque no hay que olvidar que un matrimonio basado en el “amor verdadero” es algo que se da

raramente, puesto que el “amor verdadero” es un don que el destino sólo concede a algunos elegidos. Este poderoso mago, es decir, el “amor verdadero”, que calienta nuestra vida con sus rayos luminosos, sólo toca con su varita mágica a unos cuantos corazones. Millones de seres no han conocido en su vida sus encantos. ¿Cuál será, pues, la suerte de estos desheredados? ¿Estarán para siempre condenados a los fríos abrazos del matrimonio de conveniencia? ¿No tendrán más recurso que la prostitución? ¿Tendrán que plantearse eternamente el dilema, planteado a la sociedad de nuestra época, de enfrentarse con el poco frecuente “amor verdadero” o de padecer hambre sexual?

Meisel-Hess sigue su investigación y descubre una nueva solución. Donde no existe el “amor verdadero”, éste puede ser reemplazado por el “amor juego”. Para que el “amor verdadero” llegue a ser patrimonio de toda la humanidad, es preciso pasar por una difícil, pero ennobecedora “escuela de amor”. El “amor juego” es también una escuela, es un medio de acumulación de “potencial de amor” en la psicología humana.

¿Qué será este “amor juego” en el que Meisel-Hess funda tantas esperanzas?

El “amor juego”, en sus diversas formas, se encuentra en todas las épocas de la historia de la humanidad. En las relaciones entre la antigua hetaira y su amigo, en el amor galante de la época del Renacimiento entre la cortesana y su “amante-protector”, en la amistad erótica de la modistilla, libre como un pájaro, y su “compañero” estudiante. En todas estas relaciones podemos encontrar fácilmente los elementos principales de este sentimiento. No es el Eros de semblante trágico que todo lo devora, que exige la plenitud y la posesión absoluta, pero tampoco es la brutal sexualidad reducida meramente al acto fisiológico. El “amor juego” que nos describe Meisel-Hess no puede ser tampoco el amor nacido de una psicología simplista.

El “amor juego” es exigente. Seres que se aproximan únicamente sobre la base de una simpatía mutua, que sólo esperan el uno del otro lo más amable y sonriente de la vida, no pueden permitir que se torture impunemente su alma, no pueden consentir que se deje en olvido su personalidad ni que se ignore su mundo interior. El “amor juego”, que exige entre los dos seres unidos mayor atención mutua, más delicadeza en todas sus relaciones, puede hacer que el hombre pierda poco a poco el egoísmo sin fondo que hoy día marca indeleblemente todos sus sentimientos amorosos. Una actitud llena de solicitud con respecto al alma del otro, además de servir de estímulo a los sentimientos de simpatía, hace que se desarrolle la intuición, la sensibilidad y la delicadeza.

En tercer lugar, el “amor juego”, como no tiene por punto de partida el principio de la posesión absoluta, acostumbra a los hombres a entregar a la persona amada la parte más agradable de su “yo”, aquella parte que hace que la vida sea más agradable y armoniosa. Piensa Meisel-Hess que este “amor juego” iniciaría a los hombres en una virginidad superior. Les enseñaría a no entregarse enteramente más que cuando se enfrentasen con un sentimiento constante y profundo. Nuestra tendencia actual nos lleva a atentar contra toda la personalidad del otro “desde el primer beso”. Estamos dispuestos a entregar “totalmente” nuestro corazón cuando el otro no siente todavía ninguna atracción. Es necesario no olvidar nunca que únicamente el sagrado “amor verdadero” puede tener suficiente fuerza para conceder “derechos”.

Todavía tiene otras ventajas el “amor juego” o la amistad erótica. Esta relación sexual protege a los hombres de los dardos mortales del amor, enseña a los hombres a saber resistir a la pasión que degrada y oprime al individuo. Meisel-Hess afirma: “Este acto espantoso que podemos calificar de penetración por la violencia en el ‘yo’ de otro, no puede darse en el ‘amor juego’.” El “amor juego” excluye el “pecado” más grande del amor: “la pérdida de la personalidad en la corriente arrolladora de la pasión”. La humanidad contemporánea vive bajo el sombrío signo de la pasión, siempre ávida de devorar el “yo” de otro. En la novela de Laswitz, una habitante de Marte contesta a la

proposición amorosa de un habitante de la Tierra: “Desde el juego alado de los sentimientos, tendría que descender y doblegarme a la esclavitud de la pasión, perder mi libertad, descender contigo a la Tierra. Vuestra Tierra es más grande, quizá más bella que nuestro planeta, pero yo me moriría seguramente en su atmósfera densa. Pesados como vuestro aire son vuestros corazones. Yo no soy más que Numa...”

Nuestra época se caracteriza por la ausencia de “arte de amar”. Los hombres desconocen en absoluto el arte de saber conservar relaciones amorosas, claras luminosas, aladas; no saben todo el valor que encierra la amistad amorosa. El amor para los hombres de nuestra época es una tragedia que destroza el alma, un “vodevil”. Es preciso hacer salir a la humanidad de este atolladero; hay que enseñar a los hombres a vivir horas llenas de belleza, claras, sin graves cuidados. La psicología del hombre no estará abierta para recibir el amor verdadero, purificado de todos sus aspectos sombríos, hasta que no pase por la escuela de la amistad amorosa. Cada nuevo amor (no nos referimos naturalmente al acto meramente fisiológico brutal), en vez de empobrecer el alma humana, contribuí a enriquecerla. “Un corazón humano sano y rico [dice Meisel-Hess] no es un pedazo de pan que disminuye a medida que nos lo comemos.” El amor es una fuere que crece más cuanto más se gasta. “Amar siempre, amar profundamente, en todos los momentos de nuestra vida, amar siempre y cada vez con mayor abnegación, ése es el destino ardiente de todo gran corazón.” El amor en sí es una gran fuerza creadora. Engrandece y enriquece el alma del que lo siente, tanto como el alma de quien lo inspira.

Si la humanidad no tuviese al amor, se sentiría robada, desheredada y desgraciada. El amor será seguramente el culto de la humanidad futura. Ya hoy día el hombre necesita para poder luchar, vivir, trabajar y crear, sentirse “afirmado”, reconocido. El que se siente amado sabe que hay alguien que reconoce su personalidad en todo su valor, y precisamente de esta conciencia de sentirse “afirmado” nace la suprema alegría de vivir. Pero es que este reconocimiento del “yo”, esta victoria sobre el fantasma amenazador de la soledad moral, no puede lograrse, en modo alguno, con la satisfacción brutal del deseo fisiológico. “Sólo el sentimiento de una total armonía con el ser amado puede extinguir esa sed.” Sólo el “verdadero amor” puede darnos la plena satisfacción. Por tanto, la crisis sexual es mucho más aguda cuando las reservas del “potencial del amor” del alma humana son menores, cuando los lazos sociales son más limitados, cuando la psicología humana es más pobre en sentimientos de solidaridad.

Desarrollar ese imprescindible “potencial de amor”, educar, preparar la psicología humana para que esté en condiciones de recibir el “amor verdadero”, ésa es precisamente la finalidad que tiene que cumplir el “amor juego” o amistad erótica.

Podemos decir que el “amor juego” no es más que un sustitutivo del “amor verdadero”. “Eso no es suficiente”, dirán quizá algunos. En ese caso, responde Meisel-Hess, que se atrevan a mirar en torno suyo y se den cuenta con qué sustituyen en nuestra sociedad el “amor verdadero”, ¡La prostitución disfrazada de “amor verdadero”! ¡Qué gran hipocresía, qué terribles reservas de mentira sexual se acumulan en este aspecto! Pongamos un ejemplo de la vida, tomado al azar. Dos novios se sienten poseídos por el mismo deseo; la severa moral contemporánea les prohíbe su satisfacción y les impone un terminante “todavía no”. Por tanto, el novio va a casa de la prostituta, que no desea sus caricias, pero que *tiene* que entregarse a él, mientras que la novia se consume en la espera de la autorización legal. Sería mucho más natural, y desde luego mucho más moral, que estos dos seres, animados de un mismo deseo, encontraran la mutua satisfacción de su carne en sí mismos sin buscar la complicidad de una tercera persona, completamente ajena a una situación que ellos mismos han creado.

Además de los aspectos fundamentales de carácter económico-social, la prostitución implica un factor psicológico determinante y que está profundamente

grabado en el alma humana: la satisfacción de una necesidad erótica sin otra preocupación ulterior, la libertad de su alma y de su porvenir, sin tener necesidad de ponerse a los pies de un ser interiormente alejado a su “yo”. Es necesario dar libre paso a este instinto natural. No se puede ahogar a un desgraciado ser enamorado con la soga del matrimonio. El “amor juego” nos indica el camino a seguir. “Si queremos ser sinceros, si rechazamos la hipocresía de la moral y le mentira sexual, no hay motivo para negar la posibilidad de una solución semejante para la humanidad colocada en un grado superior de la evolución social”, dice Meisel-Hess.

En presencia de una serie de reformas sociales, que Meisel-Hess señala como la condición indispensable de todas sus deducciones morales, ¿qué delito puede haber en que el éxtasis erótico sea el que arroje a un ser en los brazos del otro?

Finalmente, los límites de la amistad erótica son muy amplios y aún pueden extenderse más. Ocurre con mucha frecuencia que dos seres que se han aproximado atraídos por una simpatía libre lleguen a “conocerse mutuamente”, es decir, que del “amor juego” nazca el “amor verdadero”. Para que esto suceda no hay más que crear posibilidades objetivas. ¿Cuáles son pues, las deducciones y reivindicaciones prácticas que llega Meisel-Hess?

En primer lugar, la sociedad tendrá que acostumbrarse a reconocer todas las formas de unión entre los sexos, aunque se presenten ante ella con contornos nuevos y desconocidos; pero siempre que respondan a dos condiciones: que no ofrezcan peligro para la raza y que su factor determinante no sea el yugo económico. El ideal continuará siendo la unión monógama basada en un amor verdadero, pero sin los caracteres de “invariabilidad” e “indisolubilidad”. El cambio será tanto más inevitable cuanto más diversa sea la psicología del hombre. El concubinato o “monogamia sucesiva” será la forma fundamental del matrimonio. Pero al lado de esta relación sexual existe toda una gama de aspectos diversos de uniones amorosas, siempre dentro de los límites de la amistad erótica.

La segunda exigencia es el reconocimiento real, no solamente de palabra, sino de hecho, de la santidad de la maternidad. La sociedad tiene la obligación de establecer en todo el camino de la vida de la mujer, bajo todas las formas posibles, “puestos de socorro” que sostengan a la mujer moral y materialmente durante el período de mayor responsabilidad de su vida.

Por último, y con el fin de que las relaciones más libres no supongan para la mujer “el espantoso desenfreno”, es indispensable revisar todo el equipaje moral con que se carga a la mujer soltera cuando entra en el camino de la vida.

La educación contemporánea tiende totalmente a limitar en la vida de la mujer los sentimientos de amor. Esa educación es la causa de esos “corazones destrozados”, de esas figuras de mujeres desesperadas, que se ahogan en la primera tempestad de la vida. Es preciso que se abran ante la mujer las múltiples puertas de la vida; hay que endurecer su corazón y templar su voluntad. Ya es hora de enseñar a la mujer a que considere al amor no como la única base de su vida, sino sólo como una etapa, como un medio de revelar su “yo” verdadero. Es necesario que la mujer aprenda a salir de los conflictos del amor, no con las alas rotas, sino como salen los hombres, con el alma fortalecida. Es necesario que la mujer acepte el lema de Goethe: “Saber rechazar el pasado en el momento en que se quiera, y recibir la vida como si acabara de nacer.”

Afortunadamente, ya brilla la luz, ya se dibujan los tipos femeninos nuevos, las mujeres “célibes” para las cuales los tesoros que puede ofrecer la vida no se limitan al amor.

En el dominio de los sentimientos de amor, este nuevo tipo de mujer no permite que las corrientes de la vida sean las que dirijan su barca: el timón está en manos de piloto

experimentado, su voluntad se ha endurecido ya en la lucha por la vida. La vieja exclamación “¡Es una mujer de historia!”, es ahora glosada por la mujer del tipo “célibe”, en la forma siguiente; “¡Esa mujer no tiene historia! ¡Qué triste destino el suyo!”

Es cierto que este nuevo tipo de mujer no abunda todavía en la realidad; es igualmente cierto que la nueva era sexual, fruto de una organización de la sociedad más perfecta, no comenzará en un mañana inmediato; la deprimente crisis sexual no podrá resolverse de una sola vez, no podrá dejar el paso libre a la moral del porvenir sin lucha; pero es igualmente cierto que el camino haya sido ya encontrado y que a lo lejos brilla la puerta anhelada abierta de par en par.

El libro de Meisel-Hess nos facilita el hilo de Ariadna en el laberinto complejo de las relaciones sexuales, de los dramas psicológicos. No falta ya nada más que utilizar el precioso tropel de pensamientos que nos ofrece y sacar las consecuencias en armonía con las tareas esenciales de la clase que se eleva a un primer puesto en la sociedad. Nuestra tarea será, por tanto, después de dejar a un lado pequeños detalles sin valor, después de subsanar inexactitudes insignificantes, buscar también en este problema, en el dominio de las relaciones entre los sexos, en la psicología del amor, los principios de la nueva cultura en marcha, cuyo triunfo se avecina de un modo inevitable, es decir, los principios de la cultura proletaria.



germinal_1917@yahoo.es